

ABIPALC

Asociación
de Bibliotecas
Públicas de
América Latina
y el Caribe

II Reunión
Regional
sobre
el Estado
Actual y
Estrategias de
Desarrollo de
las Bibliotecas
Públicas de
América
Latina y
el Caribe

Las Bibliotecas
Públicas en
la Promoción
de la Lectura y
Alfabetización
Integral

3 al 7
de febrero
de 1992
Caracas
Venezuela

BIBLIOTECAS PUBLICAS: LA TERCERA OLEADA

Iraset Páez Urdaneta
Venezuela

Caracas, febrero 1992



BIBLIOTECAS PUBLICAS: LA TERCERA OLEADA

Iraset Páez Urdaneta

Postgrado en Estudios de la Información

Universidad Simón Bolívar

Caracas, Venezuela

En 1980 el norteamericano Alvin Toffler acuñó con entusiasmo futurista la expresión de “*Tercera oleada*” para referirse a la emergencia y los efectos de una sociedad post-industrial en la que, tal como lo había previsto siete años antes otro norteamericano, el sociólogo Daniel Bell, el conocimiento teórico se convertiría en la base de la riqueza y la innovación. Dos años después de la publicación del libro de Toffler, un tercer norteamericano, John Naisbitt, confirmaba como una megatendencia para la década el advenimiento de una *sociedad de la información* impulsada por una poderosa tecnología informática en manos de una masa de personas sedientas de datos. En ese mismo año se registraban más de 1.000 bases de datos internacionalmente accesibles. En los Estados Unidos, los ingresos del mercado de las bases de datos en línea se habían incrementado de 1.168 millones de dólares en 1979 a 4.300 millones seis años más tarde. Tan sólo en este país se editaban para esa fecha cerca de 9.600 publicaciones periódicas diferentes. En 1989, un cuarto norteamericano, el arquitecto, Richard S. Wurman, declaraba la existencia de una epidemia de *ansiedad informacional* resultante de una cotidiana indigestión de datos que no saciaban la necesidad de conocimientos. Para entonces en el mundo se publicaban más de 850.000 nuevos títulos por año. Al mismo tiempo, varias universidades en los países industrializados anunciarían la suspensión o reducción de sus programas de formación de bibliotecarios y algunos gobiernos, también en estos países, manifestaron estar considerando la privatización de sus bibliotecas públicas o su clausura.

Aquí nos proponemos examinar la situación de la biblioteca pública en el contexto de una “Tercera oleada” que pareciera presentársele de manera adversa, pero que, desde otra perspectiva, pudiera ser asumida como una gran oportunidad para que la misma pudiera redimensionar su misión social. El enfoque se encuentra conceptualmente orientado hacia una recuperación de

la biblioteca pública latinoamericana y del Caribe como una herramienta clave para la gestión de la inteligencia social en función de una modernización estratégica del desarrollo sostenible.

LA PRIMERA OLEADA

La noción de una biblioteca como una colección de documentos es tan antigua en occidente como el registro de su historia. Sin embargo, la idea de un acceso público a esta clase de colección no es —como se sabe— tan antigua. Plinio el Viejo da noticia en su historia de la fundación, en Roma y por iniciativa de Julio César, de una *biblioteca pública* que en su fachada ostentaba el lema agradecido de “*Ingenia hominum rem publicam fecit*” (‘El hizo el talento de los hombres una posesión pública’), si bien el significado de “público” en el mundo grecolatino se restringía a una minoría de patricios ilustrados. Siglos después, en Bizancio, Constantino el Grande creó una Biblioteca Imperial con un motivo más alejandrino y piadoso: la preservación de la gran herencia documental de Grecia y Roma y de la literatura cristiana. Esta, es, en el fondo, la actitud que por siglos alimentó el celo de preservación y copiado que caracterizó a las congregaciones monásticas de Europa, una vez concluido el dominio romano. Depositada en la segura oscuridad de los monasterios, se trataba de una herencia peligrosa que los poderes eclesiásticos custodiaron, no tanto por egoísmo o perversión como por el miedo fáustico de que no pudiera ser comprendida. Se entiende así que en el monasterio de la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa* un libro como el supuesto *Tratado sobre la Risa* de Aristóteles haya causado tantas muertes. Entonces no existía definicionalmente un “público” y, ontológicamente, el libro o manuscrito, por su unicidad, no era sinónimo de *sabersino de verdad*. Frente a la unidimensionalidad del hombre europeo de la época, la iglesia sólo se encontraba en necesidad de defender la verdad que consideraba canónica.

En realidad, el problema en la biblioteca del monasterio que Eco nos presenta en su novela es esencialmente su “infernalidad”, en el sentido en que T.S. Eliot percibía el Infierno de Dante (es decir, como un lugar “*donde nada se conectaba entre sí*”). Las instituciones universitarias que surgieron a partir del siglo XII comenzaron, por la vía del libre estudio, a construir y reconstruir las conexiones que faltaban, lo que las obligó a emprender la organización de amplias colecciones en las que debieron dar cabida a ese saber no canónico que, a la altura del siglo XV, debía ser admitido y preservado, pero el acceso

al cual todavía se reservaban. Sería la invención de la imprenta de tipos móviles en Europa y la producción masiva de libros lo que abriría las puertas del conocimiento al hombre corriente.

En su libro *La galaxia Gutenberg*, Marshall McLuhan afirma que la imprenta había inventado al “público”, algo que la vieja tecnología monasterial del manuscrito no tenía la capacidad de hacer [1]. Sin embargo, “público” en este contexto debe ser entendido en función de la emergencia de *un nuevo espacio más amplio de conocimiento*, pues el libro portatilizó el saber, creó una inter-personalidad de intereses puramente intelectuales, neutralizó la retórica de lo absoluto, descanonizó el conocimiento y des-elitizó la voluntad de conocer [2]. El libro hizo técnicamente posible el concepto de la *biblioteca pública*, pero ello no hubiera sido suficiente si al mismo tiempo, junto al libro, Europa no hubiera también experimentado una transformación de sus actitudes hacia el saber y de sus valores éticos en cuanto al ascenso social del hombre. Como se sabe, esta transformación fue particularmente intensa en aquellas sociedades reformistas del norte de Europa; resulta así peculiar que —asociado a la moral reformista— se hubiera manifestado la aspiración burguesa de conocer los hechos de la religión por vía de un acceso personal a la *Biblia*, una aspiración que las sociedades mediterráneas consideraron innecesaria o sospechosa.

No sorprende así que los primeros antecedentes de lo que hoy llamamos “bibliotecas públicas” se encuentren en las *bibliotecas parroquiales* que comenzaron a surgir en Inglaterra desde finales del siglo XVI. Pequeños y restringidos en sus colecciones, fueron servicios de orientación congregacional en los que se instrumentaron por primera vez la circulación y la suscripción de libros. No arrancamos de ellos, sin embargo, nuestra noción de “primera oleada”, sino de 1850, cuando un acta del parlamento inglés autoriza la fijación de impuestos para costear la provisión de servicios bibliotecarios públicos.

Ya en el siglo XIX las grandes colecciones bibliográficas de Europa se encontraban configuradas bajo el concepto de *Bibliotecas Nacionales*. La industrialización de las economías europeas, la masificación de la educación básica formal, el enriquecimiento del gobierno y la ampliación de la taxación y, sobre todo, la intensificación de los procesos de generación e publicación del conocimiento crearon las bases para la formación de circuitos urbanos de

bibliotecas públicas de administración local. El modelo funcional tradicional de este tipo de facilidad pública queda desde entonces establecido: Se trata de servicios que esencialmente custodian y aseguran el acceso de una comunidad de usuarios a una colección que, idealmente satisface sus necesidades de información para la formación, la recreación y la acción ciudadana, en este orden. Para dirigir estos nuevos servicios públicos, una nueva profesión emergió en el mercado de trabajo público (la profesión del bibliotecólogo) y un a nueva área de conocimiento comenzó a reclamar estatus disciplinario (la ciencia de la bibliotecología).

LA SEGUNDA OLEADA

A los propósitos de este trabajo, queremos dar la designación de “Segunda oleada” a una época que se inicia alrededor de 1974. Como veremos, la fecha está sesgada por una interpretación inevitablemente tercermundista del desarrollo mundial de los servicios bibliotecarios públicos. En realidad, podríamos hablar de una segunda oleada para estos servicios en los países de economías más avanzadas como los Estados Unidos, el Reino Unido o Japón, y de una segunda oleada para estos servicios en los países que desde la década del sesenta se denominan oficialmente “en vías de desarrollo”, pero observaremos que, primero, no son oleadas que coincidan cronológicamente y, segundo y más importante, que no se trata de oleadas que signifiquen lo mismo para un tipo de país vs. el otro.

Alrededor de 1974 los países del Tercer Mundo contaban con servicios bibliotecarios públicos en desigual nivel de desarrollo. Para referirnos al contexto inmediato de la América Latina y el Caribe, esta desigualdad podía hacerse evidente entre los países hispanoamericanos y entre estos y los del Caribe, especialmente los del Caribe anglo-hablante. En el panorama se podían constatar países que a principios de siglo contaban con una institución oficial denominada “Biblioteca Nacional” y otros que no, y países que contaban con bibliotecas públicas en algunas de sus principales ciudades, amparadas por una atención oficial simbólica o el celo de algún benefactor bibliófilo con fortuna para ello, y capitales de provincia que todavía hacia 1950 carecían de ellas. En el período que siguió inmediatamente a la Segunda Guerra Mundial, la cooperación internacional encauzó algunos fondos hacia la organización de un sistema —por lo general inorgánico— de *bibliotecas escolares*. La carrera bibliotecológica comenzaría a prosperar como tal por

esos años, si bien, como ha dicho R. Horowitz, se trataba de una carrera que se había iniciado en los treinta, había recibido un fuerte impulso en los cuarenta y en los setenta mantendría el nivel que la educación bibliotecológica norteamericana había alcanzado en los cincuenta [3].

La segunda oleada comenzaría veinticuatro años antes para las bibliotecas públicas en los países industrializados. La afluencia de recursos financieros públicos, la expansión de la demanda y la oferta educativas, la disponibilidad de profesionales competitivo para una profesión racionalmente remunerada y los intereses de una industria en busca de nuevos mercados en el nicho de los servicios permitirían la modernización de sus viejas funciones, la adopción de otras nuevas (relacionadas con nuevos documentos de carácter gráfico y auditivo), la segmentación y diferenciación de tratamiento de sus usuarios, la tecnificación de sus procesos administrativos, la elevación de su jerarquía política local y la integración en esquemas orientados hacia la compatibilización e internacionalización de tareas y subproductos. Se trataba de transformaciones evidentemente sustantivas que coincidieron con otros cambios igualmente importantes como fueron la especialización de servicios alternativos, la sofisticación de la oferta documentaria, la piramidalización del conocimiento en niveles de información socializada y el enfoque del rubro como uno de compensación social. Más adelante nos referiremos a las consecuencias que estos cambios eventualmente implicaron para la noción del servicio público bibliotecario en estos países.

En buena parte animados por estos desarrollos en los países industrializados y firmemente convencidos de la necesidad de un nuevo desarrollo cultural como base para la modernización socio-económica de los países del Tercer Mundo, los promotores de la cooperación internacional planteada para la década de los setenta oportunamente concedieron prioridad a la organización de sistemas nacionales de servicios de información y biblioteca de amplia orientación colectiva. Esta posición se define particularmente en el contexto de la UNESCO, que ya en 1949 había hecho una declaración formal al respecto [4], pero, de manera efectiva, en 1974, en una reunión intergubernamental que realizada en París echó las bases conceptuales y operacionales de la iniciativa conocida como NATIS [5].

Aquí no vamos a detallar los alcances, aciertos o desaciertos del NATIS, porque, en realidad, lo apropiado sería reconocer que, con diferencia de

estrategia en lo que se refiere a las implementaciones nacionales del programa, el NATIS definió como parámetros de la segunda oleada la institucionalización pública del servicio bibliotecario público, su administración política integral, su inserción en la planificación estatal, su vinculación efectiva con los programas de educación y atención social, la socialización del concepto del servicio y de su enfoque como expectativa ciudadana, la creación de usuarios, la captura y valoración de los acervos documentarios nacionales y la normalización de sus procesos y funciones por la vía de la adopción de técnicas de orientación universal.

Bajo estos principios el gobierno venezolano emprendió en 1974 la organización de un Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas que diez años después exhibía logros sustanciales. Sin estar cabalmente fundamentado en un modelo propio, el caso venezolano luce bastante particular, pues no se corrió con igual suerte en otros países de la Región. La clave del éxito venezolano (y, por extensión de la interpretación venezolana del NATIS) parece vinculada con la capacidad de financiamiento del Estado venezolano, la disponibilidad de un nivel de experiencia previa adquirida a partir del proyecto conocido como "Banco del Libro", la permanencia de la iniciativa en la agenda política de la Nación durante varios gobiernos sucesivos, la continuidad de su gerencia, el crecimiento sostenido de la demanda ciudadana por el servicio y la concepción misma del sistema como entorno directo e indirecto de una fortalecida Biblioteca Nacional [6].

LA TERCERA OLEADA

El año de 1990 podría considerarse como un buen umbral para demarcar el inicio de la Tercera Oleada, no tanto porque en él haya ocurrido algún evento como la Conferencia del NATIS en 1974 como por el significado que se ha asociado con el comienzo de la última década del siglo XX y la emergencia de un Nuevo Orden Político Mundial. La mayoría de los fenómenos que caracterizan a esta oleada son ya evidentes en la década anterior, en aquellos países cuyas bibliotecas públicas se encontraban en la punta de la segunda oleada o se acercaban a ella. En realidad, la tercera oleada se presenta críticamente como un resultado inevitable del éxito que servicios de información como estos experimentaron en la cresta de la segunda oleada, principalmente a consecuencia de un impacto directo e indirecto de la

tecnología de la información.

Prácticamente, la computadora llega a las bibliotecas a finales de 1980 y con ella llega una nueva tecnología para las comunicaciones, la reproducción, el almacenamiento y la recuperación de información cuyas aplicaciones transformarían sustantivamente las distintas actividades que integran el ciclo del trabajo informacional. En menos de cinco años, una profesión que se percibía como centrada en una administración técnica de documentos comenzó a verse centrada en la administración de equipo informático. La potenciación de la computadora no sólo crearía a un nuevo tipo de usuario (independiente, ambicioso, sediento de información con que llenar discos duros con cada vez mayor capacidad a más bajo costo) sino que además crearía la ilusión de la portatilidad del servicio y de la reducción y fragmentación de sus acervos en bases de datos que pudieran duplicarse y modificarse todas las veces que fuera deseable.

Así como la imprenta de Gutenberg había creado “el público”, la computadora creó al “super-individuo”, que, como dice E.F. Provenzo, es alguien con el poder para manejar y producir grandes cantidades de información y para interactuar con una más amplia comunidad de personas que están haciendo lo mismo [7], y, sobre todo, creó el *culto a la información*. Este culto —y no realmente la computadora— es el que ha distorsionado nuestra concepción del conocimiento y, por consiguiente, nuestra concepción de la biblioteca. Otra cosa no se advierte en la megatendencia por la que J. Naisbitt en 1980 confundía la proliferación de datos e información con lo que él proclamó como “*the mass-production of knowledge*”. Habiéndose simplificado de esta manera la noción de “conocimiento”, el usuario planteó sus necesidades en los términos de una demanda de datos que, oportunamente, una industria informacional emergente se apresuró a atender, desviándolo de las bibliotecas y de los bibliotecarios. En 1983, en efecto, B. Cronin observaba: “*The maturation of the information industry has effectively exploded a professional domain, and devolved control from society’s institutionalized information retailers (i.e., librarians) to a much wider population of technocrats*” [8].

No sería difícil reconocer que, aun tratándose de una tecnología más sofisticada que la vieja del libro impreso, la micro-computadora no necesariamente es o ha sido un medio tanto o más efectivo en diseminar el

conocimiento del modo como el libro lo hizo durante medio milenio. Sin embargo, insistimos en que no se trata de un problema constitutivo de la tecnología; por el contrario, parece más bien un problema de cambio de perspectiva en el hombre occidental: en la antigüedad, el hombre occidental quería *ser sabio*, luego, el hombre moderno quiso *ser conocedor*; el hombre contemporáneo parece contentarse con *estar informado*, en el sentido de tener los *datos*. Valdrían así los interrogantes del poeta T.S. Eliot cuando se preguntaba dónde estaba la sabiduría que habíamos perdido en el conocimiento y dónde el conocimiento que habíamos perdido en la información. Para informarse, en efecto, basta con datos, con informaciones, que es el nivel que precisamente una micro-computadora maneja con notoria eficiencia. Es el hombre el que ha cambiado ante una tecnología que, por exceder sus capacidades para procesar información, ha terminado por imponerle su propio ambiente, un *ambiente informática*. Desafortunadamente, esta aparente rendición ha sido recientemente justificada por una generalizada aceptación del *caos* como estado virtual del universo, lo que resulta en una pervasiva simplificación de la capacidad humana para sostener de manera cohesiva el reto del proyecto civilizatorio. Condenando al hombre a la inevitabilidad del caos en un universo sobre-informado, la micro-computadora crea un entorno de realidades manejables para cerebros que justificadamente deben restringirse al menor número posible de riesgos.

Dice el profesor norteamericano T. Roszak: "*If anything, we suffer from a glut of unrefined, undigested information flowing in from every medium around us*" [9], una saturación de información que ha generado un estado de ansiedad que R.S. Wurman ha intentado caracterizar recientemente con la ingenuidad del urbanita neoyorquino dispuesto a seguir las reglas de cualquier manual que le indique cómo sobrevivir a una calamidad de tales dimensiones [10]. Esta "hartazón de datos" no es impredecible ni accidental. Es en la opinión de algunos estudiosos del fenómeno una estrategia de control social para alejar al hombre corriente del verdadero conocimiento (teórico, metodológico, descriptivo, aplicativo, epistémico) que se ha acumulado extraordinariamente en los últimos veinte años a consecuencia de una ampliación de los intereses disciplinarios tradicionales y una apertura de los enfoques inter- y trans-disciplinarios, o para cercarlo en un mundo de *conocimiento inútil*, cuantitativo más que cualitativo, que en la percepción del francés J.-F. Revel está consciente o inconscientemente siendo manejado

como filosofía por los educadores, los periodistas y los intelectuales, favoreciendo con ello el debilitamiento de la base ética de las democracias occidentales [11].

Para Roszak, el nexo faltante entre la gente y la edad de la información, entre el público y la computadora, es la biblioteca pública. A Roszak le resulta curioso que en la discusión actual sobre el problema se haya excluido a la biblioteca pública, acaso porque en la mente de los computólatras la biblioteca se encuentre estrechamente asociada al papel impreso, al libro, a la información no depurada. Otra posible razón por la que se puede haber ignorado a la biblioteca es que el empuje comercial detrás del culto de la información es la venta de computadoras a la clase media. En efecto, la biblioteca pública interactúa con una clase social que no parece interesar como mercado a los vendedores de datos y de software. Se entiende así por qué las grandes compañías fabricantes de computadoras han donado equipo a las universidades, particularmente a las de estudiantado más afluente, y no a las bibliotecas públicas. Otra razón se asociaría con la percepción de la biblioteca como un sitio de trabajo femenino, opuesto al carácter masculino de la tecnología y su imagen comercial de instrumento para la competencia agresiva. Roszak justamente considera que se trata de una situación desafortunada, pues si un servicio de información computarizado tiene algún lugar que le sea natural en la sociedad lo es en la biblioteca pública, donde su poder y eficiencia puede ser maximizado, además de asegurársele un acceso democrático. La biblioteca pública es así un recurso despreciado en la era del culto a la información.

Pero es que también la biblioteca pública en aquellos países en que estas tendencias se encuentran más avanzadas contribuyó a la distorsión, atraída acaso por lo que le vendieron como "*the paperless library*", "*the electronic library*" [12], que fue incluso el nombre de una importante publicación profesional editada a mediados de los ochenta. Lo irónico es que la sofisticación tecnológica de estos servicios no fortaleció necesariamente su imagen social y, sobre todo, su importancia política ante administraciones públicas que comenzaron, también desde mediados de los ochenta, a reducir progresivamente sus fondos, seguramente porque evaluaron como costosa una operación que parecía más un club para el préstamo de libros o un sitio para que un usuario pudiera conectarse con bases de datos remotas. Estas

parecen al mismo tiempo las consecuencias de un innegable fenómeno por el cual no tan sólo se fue sobre-especializando el conocimiento sino que —además— se le fue des-documentalizando: lo que hoy entendemos por “documento” es un texto electrónico, de alta convertibilidad, de alta provisionalidad, individualizado, de rápida degradación y obsolescencia, extenso-sensitivo, costo-sensitivo, altamente funcionalizado.

LA BIBLIOTECA PUBLICA LATINOAMERICANA ANTE LA TERCERA OLEADA

V. Gregorian, quien fuera director de la Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York, menciona en una entrevista recientemente publicada [13] que ya a comienzos de los treinta José Ortega y Gasset había advertido acerca del “*barbarismo de la especialización*” si se formaba una humanidad unidimensional que fuera insensitiva ante la totalidad de sus experiencias y de sus dificultades. Gregorian resiente que cada vez sepamos más y más de algunos aspectos de menos y menos cosas. Existe entre varios intelectuales latinoamericanos y extranjeros la convicción de que la educación no está enseñando a saber sino a aceptar el no saber, que su único propósito es suministrar una introducción al aprendizaje. Pese a su excesivo culto al documento, en el pasado, la biblioteca prestó a la educación su apoyo incondicional para que se pudieran hacer las conexiones que faltaban, i.e., para que la información se encontrara con el conocimiento. La biblioteca pública hoy no pareciera saber qué debe conectar con qué y para quién.

Pudiera tenerse la impresión de que el panorama que hemos descrito como la tercera oleada contiene una anunciación del inminente apocalipsis que aguarda a las bibliotecas públicas. En realidad lo que llamamos “tercera oleada” es lo que las bibliotecas públicas van a tener que hacer para volver a recuperar al hombre corriente, ese hombre que al borde de un nuevo siglo, con computadora o no, la necesita más que nunca para encontrar un mejor lugar en la sociedad y la civilización que ha disipado sus intereses. Como en el caso de la oleada anterior, algunas sociedades la iniciarán antes que otras, algunas experimentarán una versión diferente.

Nadie negará que, en América Latina y el Caribe, la biblioteca pública confronta en 1992 serios problemas. Algunos de estos problemas son los mismos que se planteaban en la reunión de 1982 que la Biblioteca Nacional

de Venezuela organizó en Caracas [14]; otros son nuevos. Estos problemas no resultan tanto de que el modelo NATIS u otro similar haya sido poco realista o demasiado ambicioso como resultan del hecho de que haya cambiado, en algunos de manera dramática, el entorno de estos servicios, tal como los mismos fueron modelados o proyectados en la perspectiva del desarrollo que nuestros países compartieron durante los setentas. Este entorno equivale a un sistema de marcos de carácter nacional, institucional, ideológico, económico, político, laboral, operacional.

Para comenzar, en 1992 hablamos de un sistema internacional que no ha logrado actualizar la definición y los alcances de la cooperación internacional para el desarrollo, y, acaso más importante, de un sistema regional de países que no han completado su agenda de prioridades educativas y culturales para los próximos años. Sin estas direcciones supra-nacionales, la revisión conceptual y operacional de los sectores nacionales de la información continúan en un limbo, experimentado un progresivo sub-financiamiento al mismo tiempo que una sobre-demanda de usuarios que deben ser atendidos con colecciones que no se enriquecen como sería deseable, acaso porque ni estos usuarios ni los servicios públicos poseen la capacidad económica necesaria para motivar el crecimiento de una industria editorial local, que hoy sigue tan socialmente distorsionada como hace veinte años. Todavía en nuestros países una botella de escocés importado es más barata que una novela de Milan Kundera. En este contexto, en el que los gobiernos no encuentran posible o necesario pagar mejores salarios, la profesión se proletariza, debilitando con ello el concepto de su formación a nivel universitario [15]. Las asociaciones profesionales continúan replegadas en su propia marginalidad e incontrarrestable la enloquecida acometida de la privatización de la actividad informacional por unas pocas iniciativas con capacidad para la aventura.

Pensamos que más que un problema de financiamiento, o de libros que no se editan en nuestros países o que son costosos, o de profesionales mal pagados, el problema fundamental de nuestra biblioteca pública es la carencia de un mensaje renovado y convincente de su misión social y de la estrecha relación de esta misión con las expectativas de modernizar el desarrollo nacional, regional y continental a partir de estos años y con cara hacia el nuevo milenio. Esta reunión representa una gran oportunidad para discutir la

semántica y la retórica de la re-definición o nueva definición de esta misión.

En nuestra opinión, la misión de una nueva biblioteca pública en América Latina y el Caribe parece definirse en una triple estrategia de *capitalización*, *inteligenciación* y *ciudadanización*. Se trata de tres direcciones en las que se debe actuar al mismo tiempo, de manera integral. Por “capitalización” entendemos el mejoramiento, tanto de los recursos humanos, financieros, tecnológicos e infraestructurales como de su administración, a objeto de incrementar los niveles de eficacia, eficiencia y efectividad de estos servicios. No sería difícil demostrar que en la Región la inversión pública no se ha incrementado racionalmente en relación con la demanda de estos servicios, por lo que esta demanda, al ser atendida con menos recursos, es realmente servida mediante una oferta abaratada en el contexto de economías de crecimiento negativo o de fuerte tendencia inflacionaria. En otras palabras, hablamos de unas sociedades donde la vida es cada vez más cara pero el valor del servicio bibliotecario es más bajo, lo que no implica otra cosa que descapitalización. Este proceso, que es el mismo que afecta a la gran mayoría de los servicios públicos en nuestros países, es la consecuencia directa del enfoque populista-distributivista de nuestros modelos de desarrollo, enfoque por el cual se ha puesto más énfasis en la distribución de la riqueza que en su generación. Como dice R.A. Vitro, “*No se mejora la calidad de la vida de un número mayor de personas dividiendo la riqueza existente en partes más pequeñas*” [16]. En los países de economías más afluentes, esta descapitalización también puede ser observada, pero la discusión al respecto ha girado en torno a la conveniencia política o no de privatizar los servicios que la exhiban.

El problema en 1992 no es ya “más servicios” sino “mejores servicios”, pero la capacidad financiera de los Estados no parece prometer que los servicios existentes puedan ser mejorados, sino, por el contrario, que sólo podrán ser mejorados algunos servicios a costa de otros que dejarán de existir. Esto por supuesto involucra un conjunto de dramáticas decisiones, pero, al mismo tiempo, si tal fuera la oportunidad, un conjunto de rectificaciones saludables y hasta creativas, particularmente si prospera en nuestro medio una gestión pública distinta de la que hasta ahora hemos conocido. Hablamos de una gestión que maneja el servicio público en función de una dinámica local específica, a cuyas expectativas se ajusta y de cuya productividad depende para garantizar su crecimiento y consolidación, y no en función de un modelo de

acción estatal centralizada. En este sentido, y en oposición al propuesto por la iniciativa del NATIS, el enfoque del gran "*Sistema Nacional*" sólo parece válido en la medida en que resulte de una iniciativa pública proveniente de la base y otra iniciativa pública que la enriquezca desde el tope. Por lo demás, es bastante obvio que la capitalización de una sociedad o comunidad por la vía de una capitalización de sus servicios bibliotecarios públicos —que es realmente lo que estamos planteando— es impensable si estos servicios no son a su vez capitalizados con mejores ambientes, mejores colecciones, mejor personal. Si lo que se quiere es una biblioteca pública más socialmente proactiva, antes que un administrador se requerirá un gerente, es decir, un profesional con la capacidad para percibir interfaces sociales de mayor impacto y para beneficiarse de su satisfacción.

La biblioteca pública no existe para que la gente esté informada o en contacto sentimental con su acervo documentario. La biblioteca pública existe para que la gente sea socialmente más inteligente, pues ésta es la condición base del desarrollo sostenible. La repotenciación de la biblioteca pública será posible en la medida en que pueda inyectar conocimiento en el ambiente socio-económico y cultural que la circunde y no en la medida en que preserve lo que exista documentalizado de ese conocimiento para unos usuarios accidentales. En nuestra opinión, la biblioteca pública se encuentra más que ninguna otra institución en el centro de lo que se ha venido denominando *inteligencia social*.

La palabra *inteligencia* no connota el mismo tipo de significado para los hablantes del castellano e, incluso para los hablantes de las otras lenguas. Algunas personas admiten tener una reacción inevitablemente negativa hacia un concepto que les suena como innecesariamente utilitario o de alcances sociales restringidos —lo que en cierta forma se opone al espíritu de amplitud del profesional de la información, que se ufana de garantizar a todos, sin distinción, el acceso al conocimiento humano. En realidad, nos estamos refiriendo a una acepción por la cual la palabra "inteligencia" es asociada con la capacidad de una sociedad para resolver exitosamente los problemas que confronta mediante el aprovechamiento del conocimiento al que tiene o puede tener acceso. Esta inteligencia ha sido calificada como "*social*". Si bien la designación no es reciente, ha sido retomada a finales de los sesenta y, de manera decisiva, a mediados de los ochenta, por Stevan Dedijer, en el sentido

de *inteligencia social para el desarrollo autogestionado* [17]. La definición de Dedijer no es una que pueda calificarse de sofisticada: se trata de un *proceso* por el cual una sociedad o una organización adquiere información (en su sentido más general), y la procesa, evalúa, almacena y usa para la acción.

El hecho de que de una “sociedad de la información” (o de una “sociedad informada”) saltemos ahora a una “sociedad inteligente” pudiera interpretarse como una treta más de quienes, en los últimos diez años, han tenido un estruendoso éxito inventando e ingenierizando megatendencias, particularmente aquéllas que implican a la supertecnología informática. No obstante, el concepto de “sociedad inteligente” no es realmente una refinación ideacional del concepto de “sociedad de la información” (al menos como lo entendía en los ochenta J. Naisbitt) sino del concepto de la “sociedad conocedora” o, mejor, “*the knowledgeable society*”, como fuera propuesto por el norteamericano R. Lane en 1966 [18]. Se dice en inglés que algo es “knowledgeable” cuando tiene conocimientos o inteligencia, no cuando tiene datos o información. Lane puntualizó que una sociedad puede calificarse como “conocedora” cuando sus miembros:

- Inquieren sobre las bases de sus creencias acerca del hombre, la naturaleza y la sociedad misma;
- Son guiados por normas objetivas o científicas en la investigación de la verdad;
- Dedicar recursos considerables en tales búsquedas y por lo tanto generan y almacenan una gran cantidad de conocimientos;
- Organizan e interpretan estos conocimientos en un esfuerzo constante de extracción de significados o respuestas para la solución de los problemas inmediatos; y
- Utilizan este conocimiento para iluminar y modificar sus valores y sus metas tanto como para avanzarlos.

Lane piensa evidentemente en una sociedad cuya finalidad fundamental es, en primer lugar, generar conocimientos, y, en segundo, manejar estos conocimientos para extraer de ellos soluciones. La “sociedad inteligente” es una que transforma los problemas en soluciones sobre la base de lo que conoce o puede conocer. No investiga para saber, investiga para resolver. Y resuelve sobre la base de capacidades sociales reales y potenciales, es decir, sobre un sistema de percepciones comunitarias acerca de sus fortalezas y

deficiencias para enfrentar un fenómeno que representa una oportunidad o una amenaza para su continuidad, su identidad o su progreso. Es una sociedad que aprende actuando, no que aprende sabiendo. Es una sociedad que aprende a aprender actuando.

El mérito de la proposición de Dedijer no es que rescate la noción de inteligencia como nuevo horizonte conceptual del trabajo informacional, sino que la vincule con la misión histórica del trabajo informacional de los países en proceso de desarrollo socio-económico. Filosóficamente hablando, esto equivale a una superación de la vieja ideología sustentada por la noción de “*información para el desarrollo*”, que actuaba sobre el supuesto de que una transferencia masiva de información de los países mas avanzados a los menos avanzados podría beneficiar a los segundos. Al inferirse que la inteligencia no es algo que pueda transferirse (lo transferible es, en todo caso, la información), la proposición de Dedijer permite interpretar que el problema de los países menos avanzados económicamente no radica en que carezcan de información (o estén sub-informados), sino en que no generen su propia inteligencia o no inteligencien la incorporación de más y mejores niveles de conocimiento en los bienes y servicios que producen.

Es en consecuencia más efectiva la posibilidad de establecer una relación pragmática entre la noción de *inteligencia social* y una nueva percepción del desarrollo, que en palabras de R.A. Vitro, se define como “*the continual enhancement of the capacity to add value to the factors of production so as to meet the changing and expanding material and intellectual needs of all members in a society*”. Agrega este autor: “*El añadirle valor a los recursos locales ha sido históricamente la manera por medio de la cual las economías intentan satisfacer las necesidades, creando y distribuyendo nueva riqueza. Cuando se le añade valor a los recursos, se enriquece el contenido a su información. A medida que un número mayor de personas aumenta su capacidad para producir y aplicar conocimientos a través de un aprendizaje formal y no formal, de experiencia, de desarrollo de habilidades y del acceso a productos y servicios del sector de información, su capacidad de añadirle valor a otros factores de la producción también se ve fomentada. El aumento del valor del capital humano permite a la gente aumentar su poder adquisitivo, y, por lo tanto, satisfacer en forma más efectiva sus necesidades básicas y las de otra índole*” [16]. En esta perspectiva, insistimos con Vitro en que el

desarrollo económico global no se logra dividiendo un pastel económico en partes más pequeñas; se logra involucrando a más cocineros para hacer un pastel más grande y mejor, sin cambiar la proporción de los ingredientes.

Necesitamos entonces de una nueva biblioteca pública que enriquezca el trabajo de nuestros pueblos, que facilite los procesos por los cuales el conocimiento se convierte en inteligencia, no que simplemente permita conocerlo o saber dónde está. Necesitamos una biblioteca pública que deje de ser "*todas las cosas para todos los hombres*" [19], que pueda reorientarse estratégicamente en una dirección menos heterogénea y disipatoria. Pero unas bibliotecas públicas descapitalizadas no estarán jamás en condiciones de capitalizar a un país, como tampoco estará prosperando un país cuyas bibliotecas y escuelas y universidades se encuentran cada vez más empobrecidas. Aquí radica la clave para el triunfo de la biblioteca pública en las próximas décadas: en su vinculación con la educación. Sin embargo, debemos aclarar que no nos estamos refiriendo al mismo tipo de vinculación que ha existido hasta ahora. Primero, porque se trataba de un vínculo débil y unidireccional que restringía el potencial de la biblioteca a las alcances de currículos cada vez más influenciados por los objetivos utilitarios de una educación pública masificada. Segundo, porque asumiendo como centrales responsabilidades que no era realmente suyas, al irse *escolarizando* la biblioteca pública se fue *desciudadanizando*.

No queremos decir que el usuario escolar no es un ciudadano. Lo que queremos decir es que la biblioteca pública, en nuestros países, ha ido bajando más al nivel de este usuario que lo contrario. Tratándose de un servicio "*para los muchachos*", la biblioteca pública no representa en consecuencia un problema político que se traduzca en una demanda que deba ser electoralmente satisfecha. Por lo mismo, en las ofertas electorales, las bibliotecas aparecen como adornos adicionales en un programa cultural. Cuando hablamos de ciudadanizar la biblioteca pública estamos intentando definir la necesidad de enfocar el servicio en una nueva dimensión histórica: la formación de ciudadanos modernos, incluso tengan éstos quince años. Formar ciudadanos modernos significaría facilitar el acceso de la gente a los ambientes informacionales que adecuadamente incentiven la adquisición de las conductas deseables en un individuo más epítemo-inteligente, tecno-sensitivo, socio-liderizador y culturalmente feliz. La escuela crea a un ciudadano que sabe; la

biblioteca pública debe crear a un ciudadano que actúe. Para hacerlo, la biblioteca procura que el "hombre universal" que postula la educación se encuentre con el "hombre situacional", que es el que se transforma a sí mismo y transforma a sus semejantes.

ENVIO

Repetimos que esta reunión constituye una excelente oportunidad para indagar por el concepto de la biblioteca pública a través de las veredas ya conocidas u otras todavía no transitadas. Creemos que 1992 es un buen año para comenzar a hacerlo, porque, después de cinco siglos, la ocasión quizás valga para que este continente de voluntad, violencia y esperanza pueda reflexionar sobre lo que ha obstaculizado históricamente su capacidad para enfrentar el presente y hacer un mejor futuro. Es ésta la obligación de un mundo que hemos llamado "Nuevo" pero que no ha tenido tiempo para tener ideas propias, para buscar modelos dentro de sí mismo, para aventurar la magnitud contemporánea de su propio riesgo y su propio aprendizaje. En segundo lugar, sabemos que la expresión de *Tercer Mundo* está a punto de convertirse en un anacronismo luego de que el *Segundo Mundo* parece haber tomado la decisión de encontrarse con el futuro por otra ruta. No es posiblemente feliz ni motivadora la semántica del "tercermundismo"; muchos latinoamericanos quisieran cambiar de piel para exhibir algo renovado y comunitario en que se evidencie el inmenso potencial de nuestros pueblos para contribuirle al mundo algo más que materias primas y novelas de realismo mágico. También es claro, no obstante, que sería otra postura el que nos llamáramos de otra manera mientras de nosotros no saliera, legítima y convincentemente, el nombre de lo que quisiéramos ser. En tercer lugar, nos queda en el horizonte de las ambiciones la expresión de *desarrollo*, tan amorosa o técnicamente forjada por otros que en Nueva York o en París se sentían en mejores condiciones de hacerlo para entregárnosla, por vía de la cooperación internacional, y cuyo concepto hoy no parece tan concreto ni estimulador, porque, entre otras cosas, la aldea global en la que vivimos

todavía no es socialmente feliz en ninguna de sus partes: Los que tienen tecnología no tienen realismo mágico, los que tienen realismo mágico no tienen tecnología, los que tienen realismo mágico y tecnología no tienen agua. Estamos esperándonos juntos para un mismo futuro con todas sus oleadas. Yo les agradezco la paciencia con que han escuchado este mensaje.

REFERENCIAS

- [1] M. McLuhan. 1962. *The Gutenberg Galaxy: The making of typographic man*. Toronto: University of Toronto Press.
- [2] L. Febvre y H.-J. Martin. 1976. *The coming of the book: the impact of printing 1450-1800* London: NLB (Traducido del francés por D. Gerard).
- [3] R. G. de Horowitz. 1988. *Librarianship: A Third World perspective* Westport, Connecticut: Greenwood Press.
- [4] V. El Manifiesto de la UNESCO sobre la Biblioteca Pública, *Boletín de la UNESCO para las Bibliotecas* vol. XXVI, Núm. 3 (Mayo-Junio de 1972): 134-136. V. también, *Normas para Bibliotecas Públicas* (Madrid, 1974), donde se recogen los principios generales formulados por la UNESCO en la perspectiva de la IFLA.
- [5] Ver de D.E.K. Wijasuriya, The development of national information systems (*Journal of Information Science* (1979): 2734); y de R. U. Onogoboy, Planning the infrastructure of information (*International Library Review*; 38, 4 (1986): 57-74.
- [6] Ver de V. Betancourt Valverde, Promotora del Sistema Nacional de Información: La Biblioteca Nacional. *Seis casos de gerencia exitosa en Venezuela*. Caracas: Fundación Universidad Metropolitana, Fondo Editorial Interfundaciones (Colección Seminarios).
- [7] E. F. Provenzo, Jr. 1986. *Beyond the Gutenberg Galaxy: Microcomputers and the emergence of post-typographic culture*. New York: Teachers' College Press.
- [8] B. Cronin. 1983. Post-industrial society: some manpower issues for the library/information profession. *Journal of Information Science*; 7: 1-14.
- [9] T. Roszak. 1986. *The cult of information*. The folklore of computers and the true art of thinking. New York: Pantheon Books. Las ideas de este autor aparecen expuestas por I. Páez Urdaneta en Theodore Roszak y el culto de la información: Pensamiento y educación en la sociedad automatizada (*Revista Argos* (Universidad Simón Bolívar), 13 (1990): 49-66.
- [10] R. S. Wurman. 1989. *Information anxiety*. New York: Doubleday. En la portada de este libro un tanto egolátrico el autor dice: "Information anxiety is produced by the ever-widening gap between what we understand and what we think we should understand. It is the black hole between data and knowledge, and it happens when information doesn't tell us what we want or need to know".
- [11] J.-F. Revel. 1988. *La connaissance inutile*. París: Editions Grasset & Fasquelle. Hay traducción al castellano publicada por Editorial Planeta en 1989.
- [12] Observa D.I. Raitt: "Technology in libraries will lead to a society which is better educated, more literate, more conscious of the potential of computers". En *The Electronic Library*, 3,4 (Octubre de 1985): 276-289.
- [13] En B. D. Moyers. 1990. *A world of ideas*. Conversations with thoughtful men and women about American life today and the ideas shaping our future. B. S. Flowers, ed. New York: Doubleday.
- [14] *Reunión regional sobre el estado actual y estrategias de desarrollo de la Biblioteca Pública en América Latina y el Caribe*. Informe Final. Caracas: UNESCO, Programa General de Información y UNISIST, 1982 (Doc. PGI-82/601/7).
- [15] En una investigación realizada por el autor para la Oficina Regional del Programa General de Información de la UNESCO, entre 1989 y 1990, y sobre la base de encuestas respondidas por los directores de 17 programas universitarios en bibliotecología existentes en América Latina, se encontró que, en una

jerarquía del 1 al 21, el servicio bibliotecario público ocupaba perceptivamente entre los estudiantes el noveno lugar como "destino deseado" y el décimo quinto como "destino real". Entre los siete servicios más deseados como destinos figuraban un servicio bibliotecario especializado, un centro de documentación, una empresa privada en el sector de la información, un servicio bibliotecario en ciencia y tecnología, un servicio bibliotecario universitario, una unidad de información gubernamental, una unidad de información en el sector privado o una biblioteca privada, en este orden. Ver: I. Páez Urdaneta. 1990. *Investigación sobre la situación actual de la formación de profesionales para los servicios de información en América Latina y su mercado potencial de trabajo*. Caracas: UNESCO/Programa General de Información (Doc. PGI/CAR-90/WS/1/Rev).

- [16] R. A. Vitro. 1991. El desarrollo basado en el conocimiento como un incentivo para las innovaciones en la Educación Superior y en el Aprendizaje de por Vida. Oportunidades del conocimiento y de la información. Reunión Internacional de Reflexión sobre los Nuevos Roles de la Educación Superior a Nivel Mundial: el caso de América Latina y el Caribe, futuro y escenarios deseables. Caracas: UNESCO, CRESALC.
- [17] S. Dedijer. 1980. Social engineering of intelligence for development. Meeting on the Knowledge Industry and the Process of development. Paris: OECD (Documento 6). Afirma A. Ventura: "*Social intelligence is an attitude which provides not only knowledge but spurs wisdom, because of its comprehensive view regarding the interrelationships of all aspects of life and, consequently, the behavior of man and the evolution of his notions*". Social intelligence: prerequisite for the management of science and technology. En *From research policy to social intelligence: essays for Stevan Dedijer*. J. Annerstedt y A. Jamison, eds. Houndmills (Reino Unido): Macmillan, 1988. Ver también N. Jéquier y S. Dedijer, *Intelligence for economic development: an inquiry into the role of the knowledge industry*. Oxford; New York: Berg, 1987.
- [18] R. E. Lane. 1966. The decline of politics and ideology in a knowledgeable society. *American Sociological Review*, 21 (5): 650-668.
- [19] Afirma B. Cronin: "*Public libraries differ from special, school and academic libraries in that they do not exist to serve the needs of a homogenous, clearly defined and captive clientele. Their potential user community is the population as a whole. Their task is made more difficult by the fact that they have, historically, attempted to be 'all things to all men'. Basically the public library operates in four basic markets —education, information, recreation and culture. The pressure to maintain existing levels of services for an increasingly demanding and discriminating public, while at the same time striving to introduce new services and facilities for special or minority groups (e.g., the housebound, the unemployed, the blind, the independent learner, etc.) on existing budgetary levels, is creating unprecedented problems. The time is fast approaching when some form of radical reappraisal and prioritisation will be called for*". Disjointed incrementalism and 1990, en *Aslib Proceedings* 37,11-12 (1985): 421-436.

IRASET PAEZ URDANETA, Venezolano, nacido en 1952. Ph.D. (1980) y Master of Arts (1977) en Lingüística (Universidad de Stanford, E.U.A.), Licenciado en Letras (1973, Universidad Central de Venezuela) y Profesor de Castellano, Literatura y Latín (1972, Instituto Pedagógico de Caracas). Es miembro del Sistema Nacional de Promoción de la Investigación con la categoría de Investigador II. Ha publicado varios libros en las áreas de la lingüística, la crítica literaria y la creación. Es autor del libro *Información para el progreso de América Latina* (Caracas: Congreso de la República/Universidad Simón Bolívar, 1990). Fue Director de Estudios e Investigaciones y Jefe de Información de la Biblioteca Nacional de Venezuela (1981-1984), Director del boletín *El investigador venezolano* (1981-1984) y miembro editor del boletín INFOLAC (1988-1991), Coordinador-organizador del Postgrado en Estudios de la Información de la Universidad Simón Bolívar (1985-1990), Consultor del Programa General de Información de la UNESCO (1987-1991), del Programa INFOLAC (Área de Recursos Humanos, 1987-1991) y, desde 1989, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT). Colabora con el grupo de Educación y Entrenamiento de la Federación Internacional de Documentación e Información (FID). Es Profesor Titular en la Universidad Simón Bolívar, donde se ha desempeñado como Decano de Estudios Generales (1987-1991) y se desempeña desde 1991 como Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.